

Irina Podgorny y Maria Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural*, México, Limusa, 2008, 279 páginas

María Elida Blasco

Doctoranda UBA-becaria CONICET-Archivo del Museo de La Plata

Tal vez lo primero que habría que señalar es que la publicación de *El Desierto en una vitrina* es un hecho largamente esperado para quienes nos interesamos por la historia de los museos y el coleccionismo. En efecto, si hacemos una rápida revisión respecto a la variedad temática de las investigaciones producidas desde el ámbito de la historia, podremos notar la ausencia de trabajos vinculados al surgimiento y desarrollo de los museos argentinos. Es cierto que desde la historia del arte surgieron aportes muy relevantes respecto a la formación de las colecciones artísticas.¹ Pero el estudio de las instituciones llamadas “museos” en la Argentina, analizadas en toda su complejidad, era una asignatura pendiente que sin ninguna duda ha sido felizmente saldada con la aparición del libro que nos ocupa.

Por otro lado, debemos destacar el trabajo previo que posibilitó el intercambio de ideas y conocimientos entre una investigadora argentina y otra brasileña, y que dio como resultado la compleja pero feliz experiencia de escribir un libro en conjunto. Las dos autoras cuentan con una amplia producción académica que por su extensión sería difícil citar en estas páginas, y han centrado sus investigaciones en los diferentes aspectos de la práctica científica desarrollada en los museos, el trabajo, las técnicas y las condiciones de construcción e institucionalización de las ciencias naturales durante el siglo XIX.² Pero como ellas mismas explican en la introducción, el intercambio de temas, libros y conversaciones y luego la posibilidad concreta de trabajar e investigar “en el país de la otra”, les permitió comparar experiencias institucionales, descubrir similitudes y establecer diferencias sobre la base del libro de Margaret Lopes de 1997, *O Brasil descobre a pesquisa científica: Os Museus e as Ciências Naturais no século XIX*, São Paulo, Hucitec. Algunos resultados fueron publicados en forma de artículos en conjunto durante el año 2000, otros plasmados en el libro de Podgorny *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, museos, estudiosos y universidad*

¹ Laura Malossetti Costa, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; María Isabel Baldassarre, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

² Los Currículum Vitae de cada una de las autoras pueden consultarse en los siguientes sitios de Internet: http://www.sicytar.secyt.gov.ar/busqueda/prc_imp_cv_int?f_cod=0000536326 y <http://buscatextual.cnpq.br/buscatextual/visualizacv.jsp?id=K4793564H8>

en la Argentina, 1875-1913, y muchos otros aparecen condensados en las páginas de *El desierto en una vitrina*, que junto a otras investigaciones interdisciplinarias surgidas en la Argentina bajo la dirección de Irina, tienen como finalidad analizar la complejidad de las dimensiones en las que se inscribe un museo.³

El libro que reseñamos ofrece una visión panorámica de los museos de ciencias de la Argentina del siglo XIX: el Museo Público de Buenos Aires, el Museo Nacional de Paraná, el Museo de Corrientes, los museos de la Academia de Ciencias de Córdoba, el Nacional de Buenos Aires, el Museo de La Plata, los museos universitarios y las instituciones así denominadas surgidas en el seno de las sociedades eruditas metropolitanas y provinciales. Los nueve capítulos que lo integran analizan las controversias científicas de la paleontología y las ciencias naturales de la época, el origen de las colecciones, las redes locales e internacionales de intercambio de objetos, ideas y mercancías en las cuales los directores de los museos estaban insertos y la competencia individual e institucional por obtener recursos del Estado para garantizar el funcionamiento de las nuevas instituciones. De este modo, el libro se estructura básicamente en tres niveles de análisis: el origen de las colecciones que sustentaban los museos insertas, a su vez, en las redes del mercado; la relación entre estas instituciones y la imbricada maquinaria estatal –que involucra sobre todo las estrategias montadas por sus promotores con las circunstanciales alianzas políticas–, y finalmente los museos como lugares de producción de conocimientos científicos asociados a la especialización disciplinar.

El Capítulo 1 describe de qué manera se entrecruzaba el envío de ejemplares a los museos europeos, la provisión al mercado internacional, la diplomacia, la política y a su vez el interés de algunos naturalistas por otorgar impulso y funcionalidad al Museo Público de Buenos Aires (fundado en 1823 bajo protección estatal) con el objetivo de ser incluidos en el mundo científico más allá de las fronteras del Río de la Plata.

El Capítulo 2 se ocupa del Museo Nacional de Paraná –fundado por el gobierno de la Confederación en 1854– haciendo hincapié en

³ Susana García, “Museos escolares, colecciones y la enseñanza elemental de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX”, en *História, Ciências, Saúde –Manguinhos*, Vol. 14, num. 1, 2007, pp.173-196; Andrea Pegoraro, “Instrucciones y colecciones en viaje. Redes de recolección entre el Museo Etnográfico y los Territorios Nacionales”, en *Anuarios de Estudios de Antropología Social*, CAS-IDES, 2005, pp. 49-63; Andrea Pegoraro, “Estrategia de formación de colecciones del Museo Etnográfico durante el período 1904-1917. Funcionarios de Gobierno en la recolección de piezas”, en César Lorenzano (ed.), *Historias de la Ciencia Argentina I*, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2005, pp. 17-28; Alejandra Pupio, “Coleccionistas de objetos históricos, arqueológicos y de ciencias naturales en museos municipales de la Provincia de Buenos Aires en la década de 1950”, en *História, Ciências, Saúde –Manguinhos*, Vol. 12, 2005, pp. 205-29.

las divergencias entre los objetivos fundacionales y las funciones de la institución moldeada por las prácticas científicas de sus directores.

El Capítulo 3 analiza los intentos de reorganizar el Museo Público de Buenos Aires luego de 1854, primero bajo el impulso de la Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata y luego de la mano de quien desde su férrea dirección orientó la institución hacia la paleontología: el alemán Hermann Burmeister. El capítulo gira en torno a las prácticas del naturalista que organizaba su trabajo y basaba su autoridad científica y social desde un museo que, en su afán por coleccionar, nombrar y clasificar los “mamíferos fósiles de las Pampas”, va transformándose de “museo general” en gabinete de estudio del director. Estos aspectos son retomados en el Capítulo 4, donde se exponen las diversas estrategias montadas por Burmeister para producir y divulgar sus investigaciones y dialogar con sus pares a través de los espacios institucionales que contaba con la protección de los poderes público. Pero como muestran las autoras, la retroalimentación de esa imagen de “única autoridad científica”, comenzará a ser cuestionadas por algunos “jóvenes locales”.

Este es el tema que el lector encuentra en el Capítulo 5: el surgimiento de la Sociedad Científica Argentina, en 1872, donde adquieren protagonismo Estanislao Zeballos, Francisco Moreno, Carlos Berg y Florentino Ameghino. Apelando a sus colecciones particulares, ellos impulsan la formación de un museo vinculado a la antropología y la arqueología. Así se describen las prácticas de estos científicos inscriptas a su vez en el proceso de surgimiento del Museo Antropológico y Arqueológico de la Provincia de Buenos Aires, dirigido por Moreno y constituido como empresa subsidiada por el Estado.

El Capítulo 6 lleva por título el libro de Zeballos de 1878, “La conquista de las 15.000 leguas”, y explora el devenir de sus prácticas científicas en la campaña militar de expansión de las fronteras del Río Negro con el objetivo de inmortalizar su obra y consolidar prestigio. Por otro lado, también se analizan los debates parlamentarios de 1881 y 1882 y las intervenciones de Zeballos como diputado por Buenos Aires, donde se plantea la posibilidad de utilizar fondos públicos para los viajes de exploración y el trabajo de campo de los científicos en el marco de la campaña de exploración de las “15.000 leguas del Noroeste” propuesto por la sección Córdoba del Instituto Geográfico Argentino.

El Capítulo 7 describe las negociaciones políticas y discusiones parlamentarias de 1881 surgidas a raíz del proyecto del Poder Ejecutivo de fundar un Museo Nacional en Buenos Aires, y de las pretensiones de Moreno y Ameghino de transformar el Museo Arqueológico y Antropológico en un “gran museo nacional”, y por lo tanto, desalojar al Museo Público y su director de la nueva capital de la nación. Pero como se demuestra en el capítulo siguiente, las alianzas políticas estaban

imbricadas también en polémicas científicas entre naturalistas, como las que mantuvieron unidos a Ameghino con los hermanos Doering en contra de Burmeister en los años posteriores a 1882. Y en estas polémicas científicas que ilustran parte del problema de la paleontología del siglo XIX, también se vislumbra la superposición de cuestiones mucho menos teóricas, como las disputas por los puestos de trabajo en instituciones públicas, la difusión de sus investigaciones en revistas especializadas y el control sobre la provisión de datos y fósiles.

Finalmente, el Capítulo 9 describe el proceso de conformación del Museo General de La Plata moldeado desde su instalación, en 1884, por Francisco Moreno. En estas páginas, el lector encontrará ilustradas muchas de las claves que se retomarán acabadamente en las conclusiones: la transformación de alianzas en disputas entre naturalistas –en este caso entre Moreno y Ameghino– por el pasaje de sus colecciones privadas a museos estatales, por el control de las instituciones y la consolidación del trabajo científico. Para lograrlo debieron acudir a un complejo discurso legitimador basado en “ayudar a construir la Nación mediante el estudio de sus recursos y la educación de sus habitantes.”

En este sentido puede afirmarse que una de las mayores contribuciones del libro es precisamente la de desmontar los discursos establecidos, tanto por los científicos como por los representantes de los poderes públicos, haciendo hincapié en las prácticas sociales concretas de los promotores de museos. Desde la perspectiva de los estudios de la historia visual se ha querido ligar el surgimiento de estas instituciones con los “nuevos escenarios” para la celebración de “las glorias pasadas”, y a su vez con los programas de nacionalización para la construcción de la identidad nacional.⁴ Sin embargo, el libro que se ofrece sugiere una revisión a estos argumentos y un abanico de nuevos interrogantes a explorar: ¿existieron realmente sólidos proyectos para efectivizar la alianza entre historia, ciencia, poder y control estatal? ¿Por qué entonces la formación de colecciones y el trabajo científico se estructuraban sobre redes de sociabilidad privada y apelando a recursos económicos propios? ¿Cuáles eran los vínculos formales e informales entre los promotores de los museos, los grupos políticos y las estructuras de un aparato estatal en formación? Según nuestro criterio, si algo le falta al trabajo de Podgorny y López es justamente ese debate: dicho de otra manera, es explicitar cuáles son las posturas historiográficas y los criterios metodológicos con los cuales existiría la posibilidad de confrontar y con cuáles la de coincidir, vinculando de este modo los aspectos

⁴ Álvaro Fernández Bravo, *La invención de la nación*, Buenos Aires, Manantial, 2000; Beatriz González Stephan y Jean Andermann (eds.), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2006.

analizados en el libro no sólo con la historia de la ciencia, sino también con procesos más amplio y complejos ligados a la construcción de la historia. A su vez, una mayor conexión entre los aspectos tratados con ciertas contribuciones de la historiografía,⁵ otorgaría más solidez a los argumentos centrales sostenidos por las autoras enriqueciendo sobremanera el análisis de los complejos procesos sociales, políticos y culturales de los cuales los promotores de los museos del siglo XIX formaron parte. En definitiva, lejos de agotar las controversias, el libro convoca a iniciarlas. Por este motivo, sumado a la riqueza temática y la solidez que encierra, sus páginas constituirán una referencia ineludible para las investigaciones posteriores que intenten una “historia de los museos” o una “historia de la práctica científica”.

⁵ Pablo Buchbinder, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”; en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera Serie, num. 13, Buenos Aires, UBA, 1996, pp. 59-82; Alejandro Eujanian, “La cultura: público, autores y editores”, en Marta Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Bs. As., Sudamericana, 1999, pp. 545-605.